

LOS TESTIGOS DE DIOS

Esta unidad didáctica pretende exponer los testimonios de diversas personas que, con su vida, han sido testigos de Dios en el mundo en que vivieron. Las palabras que dejaron escritas a las generaciones posteriores deben servirnos de reflexión para nuestra vida.

Orientada especialmente para los alumnos de segundo de bachillerato, su puesta en marcha en el aula debe ser con un estilo dialogante, escrutando los signos de los tiempos en el grupo concreto, permitiendo que todos expongan libremente sus ideas, aclarando los posibles términos poco claros y siempre con cercanía.

Los testimonios no están presentados en ningún orden y se pretende que los alumnos vayan seleccionándolos según sus prioridades momentáneas. Para esto ofrecemos el siguiente esquema:

01	Resucitar	Louis Evely, escritor francés
02	Juicio del hombre y juicio de Dios	San Agustín, obispo africano
03	El cielo y el infierno	Leyenda china
04	Dios y el mundo	Pierre Teilhard de Chardin, jesuita y antropólogo
05	La tierra de los justos y buenos	Anónimo
06	Mi fe	Daniel Berrigan, jesuita y pacifista
07	¿Por qué permanezco en la Iglesia?	Hans Küng, teólogo católico alemán
08	El obispo "rojo"	Donald Lamont, obispo rhodesiano
09	El exorcismo del Albaizin	Informe pericial del psiquiatra
10	El verdadero "caso Galileo"	Vittorio Messori, periodista italiano
11	Historia de la Semana Santa	Francisco Martínez García, sacerdote aragonés
12	Cristianismo y comunismo	Roger Garaudy, comunista francés
13	El clarín de la conciencia	Martin Luther King, pastor protestante
14	El santo Narottam	Rabindranath Tagore, escritor indio
15	El héroe de Auschwitz	San Maximiliano Kolbe, sacerdote polaco
16	El héroe rojo y el mártir cristiano	José Antonio Pagola Elorza, sacerdote vasco
17	Recuerdo de tu amor	Patxi Loidi, escritor vasco
18	Mi padre ha hablado conmigo	Ingmar Bergman, director de cine
19	Pecado de amor	José Luis Martín Descalzo, sacerdote y periodista
20	El arcángel caracol	José Luis Martín Descalzo, sacerdote y periodista
21	Cuando termina la vida y comienza el sobrevivir	Jefe Seattle, indio suwamish
22	El hombre en busca de sentido	V.E. Frankl, neurólogo y psiquiatra
23	Libertad y fidelidad en Cristo	Bernhard Häring, teólogo católico alemán
24	Un niño moribundo en el cubo de la basura	Teresa de Calcuta, monja yugoslava
25	Teología desde la celda	Dietrich Bonhoeffer, teólogo protestante
26	El papa al que nadie creía capaz de nada	Juan XXIII, papa
27	¿Son los monjes supercristianos?	Thomas Merton, trapense norteamericano

1) RESUCITAR

"La cuestión que hay que plantearse es ésta: ¿has tenido ya la experiencia de la resurrección? Resucitar es sentirse nuevo, es redescubrir el mundo, es nacer de nuevo. Resucitar es sentirse nuevo, vivir con El para siempre. No es posible creer en la resurrección si no se ha tenido la experiencia de una renovación, de un amor en quien se cree.

No hay más eternidad que la del amor. Si no has sabido amar, no tendrás nada que "eternizar". Para ti no habrá eternidad. La única cosa eternizable es la juventud de tu amor, la vitalidad de tu amor.

Cuanto más ames tú, más se amarán los hombres y crearán más en una fuerza de renovación, en una fuerza de resurrección en el mundo.

Pero no hay que pararse ahí, tontamente. Es preciso ponerse en marcha, dar con una finalidad para la propia vida. Hay que despertarse. Hay que espabilarse para hacer algo bueno y

sublime. Urge espabilarse... Seguramente que tu has disfrutado algunos momentos muy felices en los que te han venido ganas de decir: "Ahora quisiera vivir indefinidamente, esto debería durar siempre". ¿No es eso la eternidad? Te llevarás aquello que hayas hecho tuyo, aquello que hayas amado suficientemente.

Entonces creerás que Cristo ha resucitado. Tu crees que Cristo ha resucitado. Yo lo creo. Sí, es preciso que alguien me ame lo suficiente como para hacerme resucitar. Cristo ha resucitado"

Louis Evely es un nombre que significa mucho para cuantos han hallado en sus libros una fuente en la que apagar su sed de vivir según el Evangelio. Este francés contemporáneo nuestro es autor de "best-sellers" religiosos como *Credo*, *Caminos para la alegría* o *Ese hombre eres tú*.

2) JUICIO DEL HOMBRE Y JUICIO DE DIOS

"En esta vida aprendemos a soportar con paciencia los males porque también los buenos los soportan. Y a no dar aprecio a los bienes porque también los malos los consiguen. Así hasta en las cosas en que la justicia de Dios no se trasluce nos encontramos una enseñanza divina y saludable.

Es verdad que ignoramos por qué juicio de Dios este hombre de bien es pobre y aquel malo es rico; por qué vive éste alegre que, a nuestro parecer, debería estar haciendo expiación por medio de crueles sufrimientos de la corrupción de sus costumbres, y por qué está triste aquél, cuya vida ejemplar debería tener por recompensa la alegría. No sabemos por qué al inocente no sólo no se le hace justicia sino que hasta lo condenan, víctima de la injusticia del juez o de falsos testimonios de los testigos; mientras tanto el culpable triunfa impune y, triunfando, insulta al inocente.

No sabemos por qué aquél, cuya vida podría ser útil a los hombres, es arrebatado por una muerte prematura, cuando otros, que ni haber nacido merecerían, viven muchos años. Ignoramos también por qué el cargado de crímenes se ve rodeado de honores mientras las tinieblas de la deshonra cubren al hombre irreprochable.

¿Quién será finalmente capaz de discernir y enumerar situaciones semejantes? Si tal paradoja fuese constante en la vida en la que como dice el salmo sagrado "el hombre se ha hecho semejante a la vanidad y sus días pasan como una sombra", y si únicamente los malos obtuvieran los bienes terrenos y transitorios y solamente los buenos padeciesen los males, esa disposición podría ser atribuida al juicio del Dios justo o, por lo menos, benigno. Así la gente podrá pensar que los que no van a conseguir los bienes eternos son engañados a causa de su malicia con los bienes efímeros y temporales o, gracias a la misericordia de Dios son consolados con ellos, mientras que los que no van a sufrir los tormentos eternos son afligidos en razón de sus pecados, por pequeños que sean, con los males temporales, o ejercitados en el perfeccionamiento de sus virtudes.

Cuando lleguemos al juicio de Dios, ese tiempo propiamente llamado día del juicio y a veces día del Señor, reconoceremos la justicia de los juicios de Dios, no sólo de los emitidos en ese último día, sino también de los emitidos desde el principio y de los que emitirá hasta el momento referido.

Allí aparecerá también por qué justo juicio hace Dios que todos sus justos juicios se oculten a nuestros sentidos y a nuestra razón, aún cuando en este punto no se le oculta a la fe de las almas religiosas que es justo lo que se oculta".

San Agustín (354-430) nació en Tagaste de la África romana, hoy Argelia, de padre pagano y madre cristiana. Profesor de retórica en Cartago, en 383 viaja a Roma y luego a Milán. El ejemplo de San Ambrosio le persuadió a convertirse al cristianismo y recibe el bautismo el 25 de abril de 387. En el 395 es consagrado obispo de Hipona. Su obra es ingente destacando *Confesiones*, *Comentario a los Salmos*, *Tratados sobre el evangelio de Juan* y *La ciudad de Dios*.

3) EL CIELO Y EL INFIERNO

"En aquel tiempo un discípulo preguntó al vidente:

- Maestro, ¿cuál es la diferencia entre el cielo y el infierno?

Y el vidente respondió:

- Es muy pequeña y sin embargo de grandes consecuencias. Vi un gran monte de arroz cocido y preparado como alimento. En su derredor había muchos hombres hambrientos casi a punto de morir. No podían aproximarse al monte de arroz pero tenían en sus manos largos palillos de dos y tres metros de longitud. Es verdad que llegaban a coger el arroz, pero no conseguían llevarlo a la boca porque los palillos que tenían en sus manos eran muy largos. De este modo, hambrientos y moribundos, juntos pero solitarios, permanecían padeciendo un hambre eterna delante de una abundancia inagotable. Y eso era el infierno.

Vi otro monte de arroz cocido y preparado como alimento. Alrededor de él había muchos hombres, hambrientos pero llenos de vitalidad. No podían aproximarse al monte de arroz pero tenían en sus manos largos palillos de dos y tres metros de longitud. Llegaban a coger el arroz pero no conseguían llevarlo a la propia boca porque los palillos que tenían en sus manos eran muy largos. Pero con sus palillos en vez de llevarlos a la propia boca, se servían unos a otros el arroz. Y así acallaban su hambre insaciable en una gran comunión fraterna, juntos y solidarios, gozando a manos llenas de los hombres y de las cosas, en casa con el Tao. Y eso era el cielo.

Antigua leyenda china

4) DIOS Y EL MUNDO

"Hay una cierta dificultad para imaginar qué podrá ser el fin del mundo. Una catástrofe sideral sería bastante simétrica con nuestras muertes individuales pero llevaría antes el fin de la tierra que el del cosmos. Y es el cosmos el que debe desaparecer.

Cuanto más pienso en este misterio tanto más lo veo asumir, en mis sueños, el aspecto de "vuelta sobre sí misma" de la conciencia, de una irrupción de la vida interior, de un éxtasis... No tenemos que rompernos la cabeza para saber cómo podrá desvanecerse, un día, la enormidad material del universo... Basta que el Espíritu se invierta o cambie de zona para que inmediatamente se altere la figura del mundo.

Cuando se aproxime el fin de los tiempos, una tremenda presión espiritual se ejercerá sobre los límites de lo real bajo la acción del esfuerzo de las almas desesperadamente impulsadas por el deseo de evadirse de la tierra. Esa presión será unánime. La Escritura, con todo, enseña que se experimentará al mismo tiempo un cisma profundo; unos querrán salir de sí mismos para dominar más el mundo; otros, basados en la palabra de Dios, esperarán apasionadamente que el mundo muera para ser absorbidos con él en Dios.

Al revelarse, por fin, la acción única de asimilación y de síntesis que estaba en proceso desde el origen de los tiempos, Cristo irrumpirá como un relámpago en el seno de las nubes del mundo lentamente consagrado. Las trompetas angélicas no son más que un débil símbolo. Agitadas por la más potente atracción orgánica que se pueda concebir, se precipitarán hacia el lugar al que las destinarán irremisiblemente tanto la maduración total de las cosas como la implacable irreversibilidad de la historia; unas, materia espiritualizada, hacia el acabamiento sin límites de una eterna comunión; otras, espíritu materializado, hacia los horrores conscientes de una interminable descomposición.

En aquel instante, enseña san Pablo, una vez que haya dejado vacíos todos los poderes creados, Cristo consumará la unificación universal entregándose a los brazos de la Divinidad en su cuerpo completo y adulto y con una capacidad de unión finalmente completa

Así quedará constituido el complejo orgánico: Dios y el mundo, realidad misteriosa de la que no podemos decir que sea más bella que Dios solo, puesto que Dios podría prescindir del mundo, pero de la que tampoco podemos suponer que sea absolutamente accesoria sin hacer con ello incomprensible la creación, absurda la pasión de Cristo y carente de interés nuestro esfuerzo"

Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) es un científico y pensador francés miembro de la Compañía de Jesús. Como geólogo del Instituto Católico de París participó en varias expediciones a África. Desde la ciencia pasó al campo de la filosofía y teología. Ha dejado una extensa obra entre la que destacan *El medio divino*, *El fenómeno humano*, y *El grupo zoológico humano*.

5) LA TIERRA DE LOS JUSTOS Y BUENOS

Erase una vez, dice la leyenda, un hombre que creía en la tierra de los justos y buenos. ¡Debe haber en este mundo de Dios una tierra de los justos y los buenos! ¿Por qué no habría de haberla? En esa tierra los hombres buenos y justos se aman como viejos amigos, se ayudan como hermanos y se acogen mutuamente como si fueran huéspedes que llegan cansados, sedientos y hambrientos. de un largo viaje. En esa tierra todo es bello y sonriente, agradable y bueno.

Tal era la tierra que el hombre pretendía constantemente buscar y encontrar. Era pobre. Peregrinaba de acá para allá. De repente se dio cuenta de que estaba cansado y fatigado, tan acabado que no le quedaba más que tumbarse y morir. Aun así, recobró el ánimo, sonrió levemente y dijo para sí: "¡Tonterías! ¡Todavía puedo aguantar! Si espero un poco más deo esta vida y me voy a la tierra de los justos y buenos". La tierra de los justos y de los buenos era su único y gran motivo de alegría...

Y sucedió que por aquel lugar apareció un hombre considerado como sabio eminente. Traía muchos libros, proyectos, mapas y otras muchas cosas que hacen que le consideren a uno sabio.

El viejo, con los ojos chispeantes de ansiedad, le preguntó al sabio: "Señor, dígame por favor, ¿donde está la tierra de los justos y buenos?"

El sabio ni le miró: echó mano a los libros y mapas y comenzó a hojearlos, compulsarlos y examinarlos con dedos nerviosos. Y concluyó: "La tierra de los buenos y de los justos no existe. Mis mapas son minuciosos y completos y no indican nada de la tierra de los justos y buenos"

El viejo perdió el brillo de sus ojos de niño. No quería, no podía creerlo y volvió a preguntar con una leve esperanza: "Señor, mire otra vez. La tierra de los justos y buenos existe; yo lo sé. Debe estar por ahí. Si no es así, sus libros son leyendas y mentiras y no valen un comino".

El sabio se sintió ofendido: "Todos mis libros son científicos y mis mapas están confeccionados con las técnicas más avanzadas, basadas en fotografías hechas por los satélites artificiales. ¡La tierra de los justos y buenos no existe! ¡Es el sueño de un viejo caduco!"

El viejo de los ojos fijos se enfureció terriblemente: "¿Qué dice? Llevo viviendo y esperando largo tiempo y siempre he creído en la tierra de los justos y buenos. Y ahora, según sus mapas, no existe ninguna. ¡Esto es una burla! Usted es un charlatán insolente y prestidigitador barato, usted no es un sabio y su ciencia no es más que la elaboración de una cabeza desequilibrada".

Y le dio unos coscorrones en la cabeza; hasta siete. Después se fue para casa, se echó en cama y dijo: "Ahora lo he entendido todo. Me voy a la tierra de los buenos y de los justos...". Y murió.

Anónimo

6) MI FE

"Yo sólo puedo decir lo que creo.

Y mi fe es ésta: Para mi no hay salvación en la política exterior, no hay salvación en la revolución sexual, no hay salvación en la renta nacional pingüe, no hay salvación en la amenaza nuclear, no hay salvación en los consejos parroquiales, ni en los sacerdotes, ni en los artistas, fontaneros, planificadores o tecnócratas; tampoco en el Vaticano, ni en la Conferencia Mundial Budista, ni en Hitler, ni en Juana de Arco, ni en los ángeles, arcángeles, fuerzas y potestades. Para mi no hay salvación más que en Jesucristo.

Por el mundo y por mi tengo confianza en Jesús de Nazaret. Él es el único Salvador y Maestro. Fue el hombre verdadero, como nadie puede serlo con sus propias fuerzas. Murió en una cruz por los otros y por el mundo, igual que por mí.

Resucitó. Está presente en todos los hombres. Y para servirlos recluta a su Iglesia sin tener en cuenta nuestras distinciones. Actúa mediante los hombres en la Historia para conducirla a su fin. Un universo reconciliado en el amor.

Así, no creo en la fatalidad, ni en la guerra, ni del odio, ni de la catástrofe, ni de al muerte, porque creo que Jesús libera al hombre para libres decisiones. Gracias a Él, mi vida tiene un sentido, como también el universo. Por el mundo y por mí, espero en Jesús de Nazaret. Él viene.

Daniel Berrigan, jesuita y luchador contra la guerra del Vietnam en EE.UU. Fue enviado a la cárcel en repetidas ocasiones por haber quemado con napalm y en protesta contra la guerra del Vietnam, órdenes de enrolamiento al ejército.

7) ¿POR QUÉ PERMANEZCO EN LA IGLESIA?

“En esta situación se escucha la pregunta: ¿por qué sigo en la Iglesia o en el ministerio eclesial? Ya no puede amenazar correctamente con el infierno. La secularización de la existencia y del saber modernos ha derribado muchas motivaciones sociológicas. Y por otra parte parece que el tiempo de la Iglesia estatal, popular, tradicional, toca a su fin. Responder convincentemente a esta pregunta no es fácil.

Para un judío o para un musulmán no puede carecer de importancia el hecho de que él nació en esta comunidad, y sigue determinado -lo quiera o no- por ella en forma positiva o negativa. Y no da igual mantenerse unido a la familia o bien alejarse de ella por ira o por indiferencia. Lo mismo para un cristiano.

Esta es al menos una causa por la que algunos permanecen hoy en la Iglesia e incluso en el ministerio eclesial. Querrían atacar las tradiciones congeladas, que dificultan o imposibilitan ser cristiano. Pero no por ello renuncian a vivir fundados en la gran tradición cristiana y eclesial de veinte siglos. Criticarán instituciones y constituciones eclesiales cuando la felicidad de las personas se inmola en provecho de estas constituciones e instituciones. Pero no quieren renunciar a la necesaria institución o constitución sin la cual ni puede vivir a la larga una comunidad de fe.

Habiendo asistido a horas mejores, ¿debía yo abandonar el barco en la tempestad y dejar a los demás con los que he navegado hasta ahora que se enfrentarán al viento, extraerán el agua y lucharán por la supervivencia? He recibido demasiado en la comunidad de fe para poder defraudar ahora a aquellos que se han comprometido conmigo. No quisiera alegrar a los enemigos de la renovación, ni avergonzar a los amigos... Pero no renunciaré a la eficacia en la Iglesia. Las alternativas -otra Iglesia, sin Iglesia- no me convencen: los rompimientos conducen al aislamiento del individuo o a una nueva institucionalización. Cualquier fanatismo lo demuestra. No defiendo en absoluto un cristianismo de selectos que pretenden ser mejores que otros ni tampoco defiendo las utopías eclesiales que sueñan con una comunidad limpiamente animada por los mismos sentimientos. ¿No sería emocionante, interesante, exigente -a pesar de todo- y finalmente más reconfortante y fructífero luchar por un cristianismo con rostro humano en esta Iglesia concreta, en la que al menos sé con quién me comprometo? ¿No sería mejor una exigencia siempre nueva de responsabilidad, de postura activa, de perseverancia tenaz, de libertad vivida, de resistencia leal?

Mi respuesta decisiva sería: permanezco en la Iglesia porque el asunto de Jesús me ha convencido, y porque la comunidad eclesial en y a pesar de todo fallo ha sido la defensora de la causa de Jesucristo y así debe seguir siendo.

La posibilidad efectiva dependerá de que en algún lugar un párroco predique a este Jesús; un catequista enseñe cristianamente; un individuo, una familia o una comunidad recen seriamente, sin frases; de que se haga un bautismo en nombre de Jesucristo; se celebre la Cena de una comunidad comprometida y que tenga consecuencias en lo cotidiano; se prometa misteriosamente por la fuerza de Dios el perdón de los pecados; de que en el servicio divino y en el servicio humano, en la enseñanza y en la pastoral, en la conversación y en la diaconía el Evangelio sea predicado, previvido y postvivido de verdad. En pocas palabras, se realice el verdadero seguimiento de Cristo, el asunto de Jesucristo sea tomado en serio. Por tanto, la Iglesia puede -¿quién lo haría sino ella?- ayudar a los hombres a ser hombres, cristianos, hombres-cristianos, y a seguir siéndolo de hecho: a

la luz y en la fuerza de Jesús, poder vivir, actuar, padecer y morir de una forma verdaderamente humana por estar mantenidos desde el principio hasta el fin por Dios, poder comprometerse hasta el fin por Dios, poder comprometerse hasta el fin por los hombres.

Está en manos de la Iglesia el modelo de superar esta crisis. El programa no falta. ¿Por qué sigo en la Iglesia? Porque de la fe hago esperanza: esperanza de que el programa, es decir, de que el asunto de Jesucristo es más fuerte que todos los abusos que se dan en y con la Iglesia. Por esto vale la pena la decisiva toma de postura en la Iglesia; por eso vale la pena la toma de posición más concreta en el ministerio eclesial a pesar de todo. No permanezco en la Iglesia aunque sea cristiano: no me tengo por más cristiano que la Iglesia. Sino que permanezco en la Iglesia porque soy cristiano.

Hans Küng, uno de los teólogos católicos más conocidos y leídos, famoso por su postura crítica ante la Iglesia. Nació en Sursee (Suiza) en 1928, es catedrático de teología ecuménica y director del Instituto de Investigación Ecuménica en la Universidad alemana de Tubinga. Entre sus numerosas obras se encuentran títulos tan conocidos como *Ser cristiano* y *¿Existe Dios?*

8) EL OBISPO “ROJO”

“Como obispo católico no puedo permanecer callado mientras el descontento civil, la tensión social y la violencia son ya demasiados evidentes y se incrementan día a día.

La conciencia me compele a denunciar que su administración, por sus políticas claramente opresivas y racistas y por su obcecado rechazo de todo cambio, es ampliamente responsable de las injusticias que han provocado el desorden actual, y debe, en esa medida, ser considerado culpable de cualquier miseria o desangramiento que pueda ocurrir.

Muy lejos de defender la cristiandad y la civilización occidental, como ustedes reclaman, sus políticas se burlan de la ley de Cristo y hacen el comunismo atractivo para el pueblo africano. Dios quiere que su mundo y sus gentes sean gobernadas con justicia. Desea que los hombres hagan a sus prójimos lo que desearían que les hicieran a ellos. Tal voluntad es ampliamente irrespetada y deliberadamente frustrada por la forma en que ustedes gobiernan Rhodesia.

Sean cuales fueren las bases dudosas sobre las que ustedes fundamentaron alguna vez sus presuntos derechos a gobernar, ellas carecen ya de validez. Ustedes pueden gobernar con el consentimiento de la nación, que es la prueba de toda legitimidad. Todas las trampas legalistas del mundo no pueden alterar este hecho.

No cabe duda de que el pueblo oprimido, convertido en marginal a su propia sociedad, en su propio país, ha dado la bienvenida y continúa dándola a aquellos que ellos llaman “luchadores de la libertad” y ustedes “terroristas”. Esto es fácilmente comprensible. Es comprensible también que tal fuerza haya aparecido y que aumente día a día. La opresión de ustedes le ha dado existencia y les ha brindado a los hombres y mujeres que pertenecen a ella una causa atractiva por la cual jugarse la vida. Ellos se sienten compelidos por su conciencia a luchar por la eliminación de todas las discriminaciones que han degradado a su gentes y les han convertido en ciudadanos de segunda clase en la tierra que les vio nacer.

Al mismo tiempo debo repetir -y no importa cuáles sean las consecuencias para mí- que la violencia institucional sancionada por su administración y hecha respetable por las Actas del Parlamento es, en sí misma, la causa de fondo de la mayor parte de la violencia física que Rhodesia sufre durante los últimos diez años.

Si la intensificación del odio racial, el incremento de la guerrilla urbana, de la destrucción de la propiedad y del miedo a la pérdida de la vida tienen que ser evitados; si todo el subcontinente sudafricano no debe ser metido en una cruel guerra, ustedes deben cambiar, sin demora, el trágico curso de acción actual. El Papa Pablo VI remarca: En la medida en que los derechos de todo el pueblo, como el derecho de autodeterminación e independencia, no son debidamente reconocidos y respetados, no puede haber paz cierta ni duradera, aun cuando el poder abusivo de las armas pueda prevalecer por un cierto tiempo sobre las reacciones de los que se oponen... Todos los hombres

deben participar en la vida de la nación. El poder, la responsabilidad y las tomas de decisiones no pueden ser monopolio de un segmento grupal o racial del pueblo

Indudablemente, esto significará para algunos el sacrificio de privilegios basados solamente en la raza; pero, tratándose de una labor de justicia, servirá para eliminar las fuentes del descontento y la violencia, y traerá esa paz que todos esperamos.

¿Cómo puede uno pretender ser cristiano y sostener este estado de cosas o callarse la boca? Eso sería pura hipocresía. Muchos de mis feligreses dicen: La Iglesia está acabando con toda forma de religiosidad y haciéndose socialista. Desde luego no hay nada de eso. Yo creo que, si uno tiene algo de sensibilidad social, debe partir de una actitud contemplativa. Hay que ser capaz de mirar adentro de uno, dónde está lo que yo llamo Dios. Aquí es donde yo me doy cuenta de que soy único. Soy una creación especial y diferente, el resultado del cuidado de Alguien, no de alguna oscura fuerza cósmica, sino de Alguien, que como yo, tiene intelecto y voluntad. Cuando me doy cuenta de la maravillosa cosa que soy, tomo conciencia de que soy una entidad personal única. Entonces debo reconocer los milagros de la creación que los otros hombres son. Y sólo puedo yo respetarles como tales.

Una de las grandes cosas de la modernidad es que el cristianismo se está comprometiendo cada vez más con la realidad. Mucha gente protesta diciendo. ¿Qué mundo es éste? Pues es el mundo del cambio. Las formalidades de los siglos pasados, las superficialidades, la congelada miseria de centurias está dejando paso a la primavera, aunque muchos se confundan y creen que este es el fin.

A mí me encarcelarán, me condenarán, me expulsarán del país, porque no les va a costar nada hallarme culpable. Pero yo estaré feliz de ello. Callarme sería ser cómplice de esta situación. Por otra parte, hace 30 años que estoy en Rhodesia y ya es hora de un hombre más joven me suplante como obispo de Umtali”

Donald Lamont, obispo de Umtali (Rhodesia). Estos son algunos fragmentos de la carta abierta al gobierno que el día 14 de agosto de 1976 hizo pública el llamado obispos “rojo”. Ian Smith, primer ministro de Rhodesia desde 1965, ha pasado a la historia como defensor a ultranza de la supremacía blanca a pesar de ser el 10% de la población.

9) EL EXORCISMO DEL ALBAIZIN

“Todo comenzó como una comedia. La histeria de Encarnación, la paranoia de Mariano, la personalidad de Enriqueta e Isabel, hicieron posible una primera parte de la velada, llena de emociones. No hubo más ánimo que el de divertirse. La crisis de histeria asociada al efecto de los brebajes rompe el guión inicial y surgen las primeras dudas sobre la verdad de la posesión demoníaca. Las últimas crisis ofrecen tal floritura sintomática, tal verosimilitud que nadie duda. Cuando todavía el miedo, racional e irracional, no ha enturbiado la conciencia, Mariano en la cima de sus ideas delirantes ejerce una sugestión de grupo sobre los presentes. Hace ver pelos erizados y giros de cabeza como si se tratase de un trompo. Se altera la conciencia y la voluntad de las mujeres que actúan casi mecánicamente. En los primeros momentos, todos coinciden en recordar aquello como una pesadilla que nunca llegó a ocurrir.

El miedo como causa capaz de distorsionar la conciencia y anular la voluntad tal vez les parezca una exageración o una teoría sin sustento científico. Lo mismo ha podido ocurrir al hablar de una sugestión de masas. La psicología define el miedo como un sentimiento de inquietud ante la presencia o la idea de una situación de peligro. Existe un miedo racional. como el que se le puede tener a una fiera escapada de su jaula. Hay otro irracional, aparentemente absurdo. pero que puede llegar a ser mucho más intenso y enfermizo que el racional. Es el caso del miedo a los muertos. por ejemplo. Se sabe que los muertos son inofensivos porque carecen de todos los atributos de la vida. Sin embargo...

El miedo produce tres tipos de reacciones. Unas incontroladas por la razón, pertenecientes al subconsciente. Otras racionales destinadas a superarlo, y un tercer tipo de reacciones llamadas vegetativas (sudoración, taquicardia. sequedad de boca...). El miedo puede ser tan profundo o tan mantenido, especialmente cuando se asocia a la angustia y tiene un componente fundamental

irracional, que llegaría a motivar una distorsión de la realidad. e incluso a padecer alucinaciones. Los fenómenos vegetativos pueden llevar incluso a la muerte por una hipertensión súbita o un infarto de miocardio, por poner un ejemplo. En situación de miedo extremo es imprevisible cuál puede ser una reacción.

La sugestión de grupos requiere de un inductor, que generalmente tiene que reunir unas cualidades de superioridad real o aparente sobre el inducido y de un elemento sugestionable o inducido. Cuando se da un grupo pequeño y homogéneo respecto a ciertas cualidades, que sintoniza con un mismo individuo, empiezan a darse las condiciones óptimas para una sugestión de grupos.

En este caso se dieron todas las circunstancias y personalidades ideales para producirse el miedo patológico y la sugestión de grupo. La historia está llena de referencias a estas figuras de miedo patológico y sugestión de grupos o masas. En Hitler se dieron ambos supuestos. Se nos ha dicho, y yo creo casi demostrado, que Hitler no tuvo miedo nunca en el campo de batalla, ni durante los muchos atentados de que fue objeto, ni incluso para suicidarse, sin embargo tenía un profundo miedo patológico a las enfermedades. Por otra parte, este personaje fue uno de los más grandes inductores de masas. Sus gestos, sus palabras, sus promesas, sus estereotipias... y un sinfín de características producían una anulación o disminución de la voluntad de los grupos que creían y le seguían, más que por la razón o la emoción, por la inducción de una idea o un estado de ánimo, desplazando el propio. Y llegado al extremo más radical de la sugestión de masas, tenemos el caso de sectas donde muchos de sus individuos se han suicidado tras una meditación trascendental con el líder.

Sobra una crisis histérica de base se asocian los fenómenos producidos por la ingesta de sal y demás sustancias que componían los brebajes. La pimienta y el vinagre impiden en parte la absorción de sal debido a la gran inflamación que produce en la mucosa gastroduodenal. Las cuerdas vocales están inflamadas, una más que otra y con grado de parálisis. lo que motiva cierto efecto bitonal de la voz. La caja de resonancia, la boca, está muy inflamada y encallada por efectos de la sal. La lengua no cabe en la boca... Hay luxaciones vertebrales y roturas l ligamentosas a nivel cervical que favorecen los giros de cabeza fuera de límites normales. . .

Desde el punto de v vista médico, el caso está concluido. Desde el punto de vista judicial, falta terminar la vista oral y la sentencia. Para el público, como siempre, queda la peor parte, las dudas. Para unos hubo posesión demoníaca. Para otros. histeria. paranoia y sugestión de grupos. No faltan los que piensan que todo ha sido un montaje para abortar. Habrá quien opine que mataron a Encarnación por el miedo que ésta despertaba en la familia. Podríamos partir de otra variante de la hipótesis. Es posible, según algunas personas, que Encarnación fuese una mujer sana y alegre y que el ambiente familiar y la compañía de Mariano la llevasen a una enfermedad psíquica, incluso a un proceso histérico y/o neurótico lo suficientemente importante como para justificar sus reacciones. Si admitimos esto no variaría substancialmente todo lo dicho. Sólo que Encarnación fue inicialmente una víctima de la familia o de Mariano, y quedaría exculpada en este sentido. ¿Cómo se explica que en ningún momento tratase de huir de abandonar aquellas prácticas? Estaba convencida de que el demonio la poseía y era necesario echarlo. Su voluntad en este sentido era firme. ¿Y el dolor? Debió de sentirlos tremendamente de acuerdo con las lesiones apreciadas. Una de las características histéricas puede ser la anestesia sensible. Por otra parte, hubo una situación precomatosa con componentes metabólicos y encefalolesivos que justificaría el no quejarse por los dolores.”

Parte del informe pericial del psiquiatra del caso judicial.

10) EL VERDADERO “CASO GALILEO”

“Es necesario que nos demos cuenta del cúmulo de opiniones arbitrarias, deformaciones substanciales y auténticas mentiras que gravitan sobre todo lo que históricamente concierne a la Iglesia.” Por otra parte, resulta alarmante que una encuesta reciente del Consejo de Europa realizada entre los estudiantes de ciencias de todos los países de la Comunidad, casi el 30% de ellos tiene el convencimiento de que Galileo Galilei fue quemado vivo en la hoguera por la Iglesia. Casi todos (97%), de cualquier forma, están convencidos de que fue sometido a torturas. Los que tienen algo más que decir sobre el científico pisano recuerdan como frase absolutamente histórica, un “sin embargo se mueve”, fieramente arrojada, después de la lectura de la sentencia, contra los inquisidores convencidos de poder detener el movimiento de la Tierra contra los anatemas teológicos.

El 22 de junio de 1633, en Roma, en el convento dominicano de Santa María sopra Minerva, después de oír la sentencia, Galileo dio las gracias a los diez cardenales, tres de los cuales habían votado a favor de su absolución, por una pena tan moderada. En los cuatro días de discusión, sólo presentó un argumento a favor de su teoría de que la Tierra giraba en torno al Sol. Y era erróneo. Decía que las mareas eran provocadas por la “sacudida” de las aguas, a causa del movimiento de la Tierra. Una tesis risible, a la que los jueces-colegas oponían otra, que Galileo juzgaba “de imbéciles”: y que sin embargo, era la correcta. Esto es, el flujo y reflujo del agua del mar se debe a la atracción de la Luna.

Aparte de esta explicación errónea, Galileo no supo aportar otros argumentos experimentales, comprobables, a favor de la centralidad del Sol y del movimiento de la Tierra. Y no hay que maravillarse: el Santo Oficio no se oponía en absoluto a la evidencia científica en nombre de un oscurantismo teológico. La primera prueba experimental, indiscutible, de la rotación terrestre data de 1748, más de un siglo después. En aquel año 1633 del proceso a Galileo, el sistema ptolemaico (el Sol y los planetas giran en torno a la Tierra) y el sistema copernicano (la Tierra y los planetas giran en torno al Sol) eran dos hipótesis del mismo peso, en las que había que apostar sin tener pruebas decisivas. Y muchos religiosos católicos estaban a favor del “innovador” Copérnico, condenado, en cambio, por Lutero.

¿Torturas? ¿Cárceles de la Inquisición? ¿Hoguera? Galileo no pasó ni un sólo día en la cárcel, ni sufrió ningún tipo de violencia física. Es más, llamado a Roma para el proceso, se alojó (a cargo de la Santa Sede) en un vivienda de cinco habitaciones con vistas a los jardines del Vaticano y con servidor personal. Después de la sentencia, fue alojado en la maravillosa Villa Medici en el Pincio. Desde aquí, el “condenado” se trasladó, en condición de huésped, al palacio del arzobispo de Siena, uno de los muchos eclesiásticos insignes que le querían, que lo habían ayudado y animado, y a los que había dedicado sus obras. Finalmente llegó a su elegante villa en Arcetri, cuyo significativo nombre era “Il gioiello” (“La joya”).

No perdió la estima o la amistad de obispos y científicos, muchas veces religiosos. No se le impidió nunca proseguir con su trabajo y de ello se aprovechó, continuando sus estudios y publicando un libro. Pronto le levantaron la prohibición de alejarse a su antojo de la villa. Sólo le quedó una obligación: la de rezar una vez por semana los siete salmos penitenciales. En realidad, también esta “pena” se había acabado a los tres años, pero él la continuó libremente, como creyente que era. Murió a los setenta y ocho años, en su cama, con la indulgencia plenaria y la bendición del Papa. Era el 8 de enero de 1642, nueve años después de la “condena” y después de 78 años de vida. Una de sus hijas, monja, recogió su última palabra. Ésta fue: “¡Jesús!”.

Vittorio Messori nació en Sassuolo di Modena (Italia) en 1941. Se licenció en Ciencias Políticas. Periodista de profesión, ha trabajado dentro del grupo del periódico italiano *La Stampa*. Después de *Hipótesis sobre Jesús* (más de un millón de ejemplares vendidos en Italia y superadas las veinte ediciones en todo el mundo) ha publicado varios libros de amplia difusión internacional: *Apuesta sobre la muerte*, *Entrevista al cardenal Ratzinger* y fue el periodista que entrevistó a Juan Pablo II en el libro: *Cruzando el umbral de la esperanza*.

11) HISTORIA DE LA SEMANA SANTA

“La Iglesia de los orígenes apostólicos no celebró sino una sola fiesta, la Pascua. La muerte - resurrección de Cristo era el núcleo de la predicación apostólica y el contenido mismo de los sacramentos. La Iglesia no conoció en sus orígenes otra pascua que la de los domingos. Pero en el contexto de la celebración judía anual de la pascua, y en la convicción de fe de la comunidad de que Cristo era el verdadero cordero inmolado, la pascua cristiana anual se fue abriendo camino ya en los mismos tiempos apostólicos.

En el s. IV se pasa de la Vigilia Pascual al Triduo sagrado y a la gran semana. Bajo la idea dominante de la muerte del Señor, y como acompañamiento espiritual de la misma, se establece un ayuno severo acompañado de la lectura evangélica de la pasión del Señor. De ahí surge la ilación de los tres días santos: viernes, sábado y domingo. Del Triduo sagrado se pasa a la Semana Santa. Según las Constituciones Apostólicas, era semana de reposo para los trabajadores. En las reflexiones de ciertos Padres se les asocian a los seis días de la creación para que mejor resalte la recreación pascual. Al final de este siglo se comenzó la costumbre de prepararse a la pascua con cuarenta días a semejanza de la cuarentena de Jesús, de Moisés y de Elías.

En la Edad Media el núcleo medular espiritual de la pascua pierde fuerza y gana la espectacularidad de las representaciones populares, de inspiración folklórica y sentimental. De este modo surgen costumbres buenas en sí, pero cada vez más despegadas de la actualización del misterio a través de la celebración litúrgica: la procesión de ramos, la reserva de la eucaristía en el jueves santo, la adoración y vela ante el Santísimo en el monumento, el lavatorio de los pies, etc. Casi termina por desaparecer la Vigilia Pascual. A partir de entonces el día entero del jueves pasó a formar parte del Triduo sagrado.

Jesús ha asumido la pascua de Israel y la ha transformado en la nueva pascua suya y de la Iglesia. Con esta perspectiva, la Iglesia celebra hoy el Triduo pascual, la única pascua de Cristo, en tres momentos consecutivos e indisolublemente enlazados. Somos el Cuerpo de Cristo que, en el jueves santo, vive un trance de hacerse, con Cristo y en él, eucaristía de todos los hombres, haciéndoles comensales y concorpóreos de nuestra vida, viviendo el amor fraterno "hasta el extremo". Somos el Cuerpo de Cristo que, en el viernes santo, vive, con él y en él, el gozo de un amor y de una entrega más fuertes que la muerte. Somos el Cuerpo de Cristo que vive, en la Vigilia Pascual, el trance de poner a los hombres y las situaciones humanas en la novedad de Cristo.”

Francisco Martínez García, es el actual vicario general de la archidiócesis de Zaragoza. Nacido en 1929 en Calatayud es profesor del Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón y director del Instituto Diocesano de Estudios Teológicos para Seglares. Entre sus muchas publicaciones destacan: *La revisión de vida*, *El libro de la vida cristiana* y *He creído en el amor*.

12) CRISTIANISMO Y COMUNISMO

“Estos son los tres niveles distintos, pero interdependientes: liberación interior del pecado y “salvación”, liberación histórica y política son aspectos de un mismo combate que debe sostenerse en todos los terrenos al mismo tiempo para ser eficaz y victorioso.

Un hombre que pertenezca enteramente a la tierra y sea enteramente divino, como dice mi amigo el padre Leclerc: un hombre para el que amar a Dios sea creer en el hombre; desesperar sea negar a Dios.

Una fe que es negación de repliegue individualista sobre sí mismo. Una fe inseparable del don de amar, una fe que es acto, acto de liberar en sí el movimiento de salir de sí, el movimiento creador. Esta fe, que es otro nombre de la libertad, del amor, de la creación. Esta fe yo no la poseo; es ella la que me posee a mí.

Quisiera que esta fuera la última palabra. Ya que a partir de ahí todo lo demás adquiere sentido: política, creación artística o fe. Extraña realidad del amor: no es amor de nada.

Amar a una mujer solamente por la belleza de su rostro o de su cuerpo, por el atractivo sexual que ejerce sobre nosotros, por su inteligencia, por sus dones, no es todavía amor. En cuanto

uno se pregunta por qué ama, ha dejado de amarla. Porque el amor es un acto constituyente, incondicional; el acto por el que franqueo, a requerimiento de otro, las fronteras en las que yo estaba aparcado por mi individualismo. El amor es la más inmediata manera de vivir la trascendencia: no como un ir a más allá de sí desde sí mismo como en Nietzsche, sino como un ir más allá a la llamada del otro.

Si el otro tiene su grandeza, su riqueza humana y su belleza propias, amarlo me invita a dilatar mi ser para responder a su espera y a ir más allá de mí mismo para vivir a la escala de su vida. Si el otro se cierra o se muestra amenazador, extraño o incluso hostil a mi amor, amarlo me invita a despojarme de muchas cosas, liberándome; me libera de mi miedo, de mi desconfianza, de mis propiedades, de mi orgullo y de mis seguridades.

El cualquier caso, el amor tiene esa virtud de convocarme al tribunal supremo, el de la trascendencia: ¿soy capaz de ese ir más allá o de esa renuncia para acoger no sólo al otro, sino al enteramente otro que no se revela sino en él, a través de él? Tal es el amor como la ley fundamental del ser.

Marx me ha enseñado a descubrir los caminos de su victoria. El socialismo y el comunismo se han desacreditado por la experiencia estalinista y sus consecuencias. El socialismo y el comunismo de Thomas Münzar a Karl Marx y de Che Guevara a Mao Tse-Tung han dado un rostro a la esperanza del hombre. Mi tarea de comunista es devolverle ese rostro. Ese rostro de plenitud humana en todas sus dimensiones.

Vivir según la ley fundamental del ser: el amor. La Cruz me ha enseñado las renunciaciones que entraña. La Resurrección, las posibilidades de superación. Soy cristiano.

Roger Garaudy, es uno de los principales teóricos del comunismo francés. Nació en Marsella en 1913. Militó en la Acción Católica, pero al encontrar incompatible su fe religiosa con la situación de la clase trabajadora, se afilió al Partido Comunista y abandonó el cristianismo. Miembro del Comité Central y del Comité Ejecutivo, su defensa de los valores cristianos y su condena de la intervención soviética en Checoslovaquia le valieron la expulsión del Partido. Sus innumerables sus libros.

13) EL CLARÍN DE LA CONCIENCIA

“Sueño que llegará el día en que los hombres se elevarán por encima de sí mismos y comprenderán que están hechos para vivir juntos, en hermandad. Todavía sueño en aquella mañana de Navidad, que llegará el día en que todos los negros de éste país, todas las personas de color del mundo serán juzgadas por el contenido de su personalidad y no por el color de su piel; que cada hombre respetará la dignidad y el valor de la personalidad humana. Todavía, sueño hoy, que llegará el día en que las industrias paradas de Appalachia serán puestas en marcha y servirán para llenar los estómagos vacíos de Mississippi, y que la hermandad será algo más que unas palabras colocadas al final de un sermón: que en las agendas de todos los hombres de negocios se encontrarán escrita la palabra "hermandad". Todavía sueño hoy que en todos los ministerios y en todos los ayuntamientos serán elegidos los hombres que obren con justicia y misericordia, siguiendo los pasos de Dios. Todavía sueño hoy que la guerra se acabará... Llegado este día nos será revelada la gloria del Señor, y la contemplaremos todos unidos. Todavía sueño que con este fe seremos capaces de transformar los límites de la desesperación. Con este fe podremos anticipar el día de paz en la tierra y de buena voluntad para todos los hombres. Será un día glorioso: los luceros del alba cantarán unidos y los hijos de Dios exultarán de alegría.”

Martin Luther King (1929-1968), nació en Atlanta (EE.UU.). Ministro de la Iglesia bautista y campeón de los derechos civiles de la población de color de su país. Se doctoró por la universidad de Boston. Su lucha comienza en 1955 cuando una mujer negra es llevada a la cárcel por no haber dejado su asiento en el autobús a un blanco. Creó la *Conferencia de líderes cristianos del sur* para coordinar la acción no violenta. En 1960 obtuvo el apoyo del presidente Kennedy. En 1968 fue asesinado en Memphis.

14) EL SANTO NAROTTAM

"Señor, el santo Narottam nunca se digna venir a tu templo real -dijo al rey su siervo-. Si fueras a la arboleda del camino, verías a la gente atropellarse por oírle cantar las alabanzas de Dios, como enjambre de abejas alrededor de un loto blanco. ¡Y el templo, en tanto, está vacío, sin servicio el dorado tarro de miel!"

El rey, mortificado en su corazón, se fue al campo donde Narottam oraba sentado en la hierba, y le dijo: "Padre, ¿por qué te sientas en el polvo del campo para predicar el amor de Dios, y no vas a mi templo de la cúpula de oro?"

"Porque Dios no está en tu templo", le respondió Narottam.

El rey, ceñudo, dijo: "¿No sabes que se gastaron veinte millones de monedas de oro para levantar la maravilla; que fue consagrado con los más costosos ritos?"

"Sí -contestó Narottam-, lo sé. Fue aquel año en que el fuego devastó tu pueblo, y millares de pobres vinieron en vano a pedir a tu puerta. Decía Dios: "¡Miserable ser que no puede dar casa a sus hermanos, y quiere levantar la mía!" Y Dios se fue con los desvalidos, bajo los árboles del camino."

"Esa pompa de oro que tú dices, no tiene dentro más que el vaho caliente de tu orgullo."

Lleno de ira, el rey gritó: "¡Vete de mi reino!"

El santo le respondió, tranquilo: "Sí, me destierras a donde desterraste a mi Dios."

Rabindranath Tagore, poeta y pensador de la India (1861-1941). Su filosofía predica el desarrollo de la personalidad sobre bases espirituales puras. Sus obras, profundamente místicas, han sido traducidas a casi todos los idiomas. En 1913 se le concedió el premio Nobel de literatura, por el mérito de su poesía.

15) EL HÉROE DE AUSCHWITZ

"Yo era un veterano en el campo de Auschwitz; tenía en mi brazo tatuado el número 5.659. Una noche al pasar los guardianes lista, uno de nuestros compañeros no respondió cuando leyeron su nombre. Se dio al punto la alarma; los oficiales del campo desplegaron todos los dispositivos de seguridad y salieron patrullas por los alrededores. Aquella noche nos fuimos angustiados a nuestros barracones. Los dos mil internados en nuestro pabellón sabíamos que nuestra alternativa era bien trágica: si no lograban dar con el escapado acabarían con diez de nosotros.

A la mañana siguiente nos hicieron formar a todos los dos mil y nos tuvieron en posición de firmes desde las primeras horas hasta el mediodía. Nuestros cuerpos estaban debilitados al máximo por el trabajo y la escasísima alimentación. Muchos del grupo caían bajo aquel sol implacable. Hacia las tres nos dieron algo de comer y volvimos a la posición de firmes hasta la noche. El coronel Fritsch volvió a pasar lista y anunció que diez de nosotros seríamos ajusticiados.

A la mañana siguiente, Franciszek fue uno de los diez elegidos por el coronel de las SS para ser ajusticiados en represalia por el escapado. Cuando Franciszek salió de su fila después de haber sido señalado por el dedo del coronel Fritsch musitó estas palabras: "Pobre esposa mía, pobres hijos míos". El padre Maximiliano estaba próximo y oyó estas palabras. Enseguida el religioso actuó; dio un paso adelante y se dirigió al coronel a quien dijo estas palabras: "Soy un sacerdote católico polaco, estoy ya viejo. Querría ocupar el puesto de ese hombre -señaló a Franciszek- que tiene esposa e hijos".

Maximiliano Kolbe nació en Polonia en 1894 en el seno de una familia de humildes tejedores. A los veinticuatro años se ordenó sacerdote franciscano. En 1939, después de la invasión alemana de Polonia, es conducido por los nazis al campo de concentración de Auschwitz. Allí atendió humana y espiritualmente a sus compañeros de prisión. Un día de 1941 cambió, en un acto heroico su vida por la de un padre de familia condenado a morir Franciszek así se llamaba el condenado, cuanta con fidelidad lo que ocurrió aquel día del mes de agosto de 1941.

16) EL HÉROE ROJO Y EL MÁRTIR CRISTIANO

“Es impresionante la comparación que E. Bloch hace de la muerte del héroe comunista y el mártir cristiano: "Tan sólo una categoría de hombres avanza hacia la muerte carente de cualquier consuelo tradicional: el héroe rojo. Confesando hasta el momento en que es asesinado, la causa por la que ha vivido, avanza fríamente, firmemente, conscientemente, hacia la nada en la que le han enseñado a creer. Su sacrificio es diferente al de los antiguos mártires. Casi sin excepción, éstos murmuraban una oración y así creían haber merecido el cielo. Pero el héroe comunista, bajo los zares, como bajo Hitler o cualquier otro régimen, se sacrifica sin esperanza de resurrección. Su viernes santo no se ve endulzado, ni mucho menos suprimido por ningún domingo de Pascua, un domingo en que él mismo volverá personalmente a la vida. El cielo, hacia el que los mártires levantaban los brazos en medio de las llamas y del fuego, ese cielo no existe para el héroe rojo, y, sin embargo, muere confesando una causa, y su superioridad no se puede comparar con la de los primeros cristianos o con la Juan Bautista"

¿Qué decir ante este desafío del pensamiento marxista? ¿Qué sentido puede tener el mensaje liberador de Jesús y la fe los creyentes en la resurrección?

En primer lugar, quizás, tenemos que decir que la muerte es un problema muy serio que no se puede escamotear fácilmente y de cualquier manera. Al final, sea cual sea nuestra ideología, nuestra fe o nuestra postura ante la vida, el verdadero problema es nuestro futuro. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿En qué va a quedar todo? Parece una solución excesivamente ingenua el afirmar que en la sociedad socialista, el temor a la muerte desaparecerá. A. Schaff, en su obra *Marxismo e individuo humano*, he hecho observaciones penetrantes sobre este tema. Parece que en la sociedad comunista del futuro la muerte personal tendrá un carácter más duro y trágico que ahora. Precisamente porque se habrá alcanzado un nivel tan alto de solidaridad, justicia, bienestar, disfrute de la vida, etc., será más duro todavía tener que morir.

Por otra parte, si lo único que le espera a cada hombre y, por lo tanto, a todos los hombres, es la nada, ¿qué sentido puede tener todo el esfuerzo por hacer la revolución socialista? "Si la vida del hombre y la vida de la especie humana nos es más que un breve paréntesis entre dos nada, ¿para qué luchar, para qué combatir, para qué hacer la revolución?" (R. Belda). Si, a fin de cuentas, la humanidad está inexorablemente condenada a una desaparición total y definitiva, la vida ¿no será "una pasión inútil"? Por muy grande y heroica que parezca la muerte del revolucionario rojo, ¿no hay una nostalgia, una amargura y una frustración en ese final tan grandioso? ¿Qué sentido puede tener sacrificar heroicamente la vida si lo único que le espera a él y a aquellos por quienes muere es únicamente la nada? ¿Estas preguntas son el fruto de un individualismo egoísta y burgués, o mas bien expresión de un anhelo que nace de lo más profundo del corazón humano?

Además, en el marxismo se olvida demasiado pronto el carácter alienante de la muerte. Según el pensamiento marxista, los hombres viven hoy alienados porque, a pesar de que trabajan la naturaleza, son desposeídos del fruto de su trabajo en beneficio de un grupo pequeño de capitalistas. Pero, ¿no sucede algo semejante con el esfuerzo revolucionario? Si el revolucionario tiene que morir y terminar en la nada, su esfuerzo sólo puede ser disfrutado por otros. "Con la muerte, el revolucionario queda desposeído del fruto de su trabajo-en-la-historia, del que, en el mejor de los casos, sólo disfrutará una casta de privilegiados que no tienen más mérito para ello que el de haber nacido en otro tiempo: el esquema de 'unos a costa de otros' se mantiene" (J.I. González Faus). La muerte de cada hombre hace que todo el esfuerzo revolucionario se convierta en una tarea alienante, ya que al revolucionario muerte se le niega el fruto de su trabajo para que lo disfruten otros a su costa.

La liberación de la alienación humana para ser verdadera exige liberación de la muerte. De lo contrario, todo puede ser un puro engaño y la doctrina marxista se puede convertir en opio para el proletariado revolucionario que, en definitiva, sigue trabajando para los que vendrán después. Aunque uno muera gratuitamente y por pura generosidad, si su esfuerzo y su muerte no sirven de manera definitiva a nadie, pues todos mueren, ¿se puede decir que eso realiza al hombre?

Aquí hay que situar el reto y la promesa de resurrección del mensaje cristiano. No es absurda la postura del creyente que lucha y se compromete en la mejora de la humanidad, animado por la esperanza de una resurrección. Es una opción libre de fe, pero no es ni absurda ni irracional.

También el hombre de ahora necesita escuchar el mensaje de la resurrección de Jesús para preguntarse si la vida, el amor, el compromiso revolucionario, no tienen un sentido más profundo cuando no se viven desde una postura atea, sino desde el seguimiento a Cristo resucitado. Escuchemos el testimonio de R. Garaudy: "Cada uno de mis actos liberadores y creadores implica el postulado de la resurrección, pero más que ningún otro el acto revolucionario. Porque si soy revolucionario, esto significa que yo creo que la vida tiene sentido para todos. ¿Cómo podría yo hablar de un proyecto global para la humanidad, mientras que millares y de millones de hombres en el pasado han sido excluidos de él, han vivido y han muerto... sin que su vida y su muerte hayan tenido un sentido?".

La humanidad necesita una esperanza no sólo para los hombres del futuro sino también para los que murieron en el pasado, para todos a aquellos, que a lo largo de los siglos, han sido vencidos y oprimidos. Si no hay resurrección, jamás se podrá hacer justicia a los que sacrificaron su vida por mejorar la sociedad y a los que murieron violentamente en defensa de los valores humanos.”

José Antonio Pagola Elorza, nació en San Sebastián en 1937. Es vicario general de la diócesis de San Sebastián, licenciado en teología por la Universidad Gregoriana de Roma y en Sagrada Escritura por el Instituto Bíblico de Roma. Es colaborador religioso en *El Diario Vasco* desde 1979 donde ha escrito numerosos artículos. Entre sus obras teológicas destacan: *Jesús de Nazaret, el hombre y su mensaje*, y *Es bueno creer*.

17) RECUERDO DE TU AMOR

“Padre, ¿dónde encontraremos tu amor? ¿Cómo podremos ver bajo las costillas del mundo tu corazón y sabremos de su rápido palpar? ¿Cómo, si nunca te hemos visto, y siendo de nuestra tierra, habitas, sin embargo, en otro planeta?

Jesús nos lo dirá. Jesús nos recuerda tu amor, nos lo trae, nos lo entrega. Jesús nos dice cómo amas tú al hombre, cuánto nos amas, cuánto me amas... a mi.

Ahí está, en la cruz, sangre caliente todavía, que ha caído sobre la tierra, y la empapa y la hace germinar. ¡Hijos de Abrahám nacerán de esta tierra!

Ahí está, colgado de lo alto de la infamia. ¿No podrías haberle ahorrado el golpe? Lo dejaste indefenso. La furia del mal lo torturó con hierro y quiso raer su nombre y descendencia de las raíces de la tierra. ¿No podrías haberle librado del tormento y la destrucción?

Nada había en él que no fuera de Ti. Era tu resplandor, el espejo luminoso de tu rostro. Estabas en él del todo. ¿Por qué lo dejaste, machacado, bajo los calvos del odio?

Amó al principio, en medio y al final. Amó a destajo. Amó en la dulzura de la paz y en el fragor del conflicto. Amó a quemarropa. Y no lo pudieron soportar.

Allí estabas también Tu. En los clavos, en la sangre y en las carnes desgarradas. Allí estaba tu amor, que rompió las fronteras de Jesús hasta reventar. Estalló su cuerpo y tu amor salpicó sobre cada uno de nosotros. El que era todo vida pasó por la destrucción total. Vencido, derrotado, esclavo por nosotros. Pero luego vencedor y libre para nosotros.

Jesús, recordatorio de tu amor. Por él sabemos cómo amas Tu al hombre, cuánto nos amas, cuánto me amas... a mi.”

Patxi Loidi, cura vasco dedicado desde hace muchos años a la liturgia de su diócesis. Ha escrito numerosos libros entre los que destaca *Gritos y plegarias* donde se hace una recopilación de las canciones y oraciones más utilizadas en las eucaristías españolas.

18) MI PADRE HA HABLADO CONMIGO

El hijo.- Papá, tengo miedo. (Padre e hijo van hacia la playa... Bordean el mar, el padre coloca su brazo en el hombro del adolescente)

El hijo.- No puedo vivir así (su hermana Karim, a la que él quería tanto, se ha vuelto loca).

El padre.- Puedes, pero necesitas algo para apoyarte.

El hijo.- No sé qué podría ser. ¿Dios? ¿Un Dios-araña como el de Karim?... No, papá; hay algo que no va. Dios no existe. (Silencio. Continúan caminando al borde del mar).

El hijo.- Dame una prueba de la existencia de Dios. (Silencio). No puedes dármela.

El padre.- Sí puedo; pero es preciso que me escuches bien. Está escrito: "Dios es amor".

El hijo.- Eso es para mí palabras sin sentido.

El padre.- No me interrumpas. (Han llegado a una punta de arena y parecen como perdidos en la inmensidad del mar). Quiero únicamente darte una idea de mi propia esperanza.

El hijo.- ¿Y eso es el amor de Dios?

El padre.- Es saber que el amor es una realidad en el mundo de los hombres; cualquier clase de amor; desde el más sublime al más bajo; del más ridículo al más bello... Toda especie de amor.

El hijo.- La nostalgia, la aspiración al amor.

El padre.- La aspiración y el rechazo. La confianza y la desconfianza.

El hijo.- ¿Para ti Dios y el amor son un mismo fenómeno?...Háblame, papá.

El padre.- Encuentro en ello como si mi vacío se colmase de riqueza y mi desesperación de vida. Como si me hubiera llegado la amnistía en una condena a muerte.

El hijo.- Tus palabras son terriblemente irreales, papá; pero veo que crees lo que dices y eso me impresiona hasta lo más íntimo... Si es como tú dices Karim estaría como rodeada de Dios, puesto que la amamos de verdad.

El padre.- Sí, yo lo creo. (El adolescente se echa a correr por la playa. De repente se detiene y murmura: "Mi padre ha hablado conmigo").

Ingmar Bergman, director de cine y teatro, autor dramático y guionista sueco. Nació en Upsala en 1918. Estudió en la Universidad de Estocolmo. Goza de fama mundial como director de películas entre las que destacan: *Kris* (1945), *Una lección de amor* (1954), *Sonrisas de una noche de verano* (1955), *En el umbral de la vida* (1958), *El manantial de la doncella* (1959), por la que obtuvo el Oscar a la mejor película, *Como en un espejo* (1960), por la que obtuvo también el Oscar, *La vergüenza* (1968) premiada en el festival de Valladolid, y *La flauta mágica* (1970), entre otras.

19) PECADO DE AMOR

“Hay una frase que me pone enfermo: la que habla de los "pecados de amor", y que a mi me parece tan contradictoria en sus términos como hablar de la nieve caliente o del círculo cuadrado. Supongo que con ella se quiere hablar de "pecados de debilidad" o de "pecados de desvarío sexual"; pero ¿por qué se dice, de dónde se saca eso de "pecado de amor", que se coloca luego a la moral católica cuando ningún Papa y ningún teólogo o moralista serio lo ha dicho jamás? Yo, al menos, estoy cansado de decir que no se puede pecar de amor. Que se puede pecar porque no se ama. O porque no se ama lo suficiente. O porque se ama mal. Pero no por amor. Porque nunca se ama demasiado. Porque si se pecara por amor, ¿cómo se habrían salvado los santos, que eran unos especialistas en el tema?

Creo que ninguna palabra ha sido tan prostituida como esta de "amor", colocada con tanta frecuencia sobre cosas que nada tenían que ver con el, sobre sucias aventuras de antiamor o, cuando menos, del más triste desamor. Y me pregunto por qué ahora se habla tanto de educación sexual nadie se atreve a hablar de algo infinitamente más necesario y más difícil: de la educación en el amor. Y conste que me parece bien que la gente conozca el mundo del sexo. Pero creo que para ello bastan unos fascículos y unas gotas de sentido común humano. Amar, en cambio, me parece la más difícil de las asignaturas, que ni se aprende con texto alguno ni puede transmitirse de maestro a alumno, sino que sólo se paga a precio de experiencia y exige, además, un aprendizaje de la vida entera, porque no hay planta con mayor capacidad de reflorecimiento que el egoísmo. Y si el arte de amor es el más grande y el más difícil que puede practicar un hombre, ¿cómo es posible que

reflexionemos sobre el tan poco y que no juntemos todos lo poco que sobre el tema sabemos, a ver si juntos aprendemos a construir un mundo más caliente y vividero?

Aprender, por ejemplo, a distinguir el amor del afecto sensible hacia otra persona, de la admiración, de los deseos de posesión del otro ser, que pueden ser fenómenos que prolongan o coinciden con el amor, pero que en realidad nada o poco tienen que ver con el. Con frecuencia converso con amigos que me dicen que "han perdido el amor de determinada persona". Y yo siempre les pregunto si lo que han perdido es el amor o sólo el afecto sensible hacia ella; si lo que han abandonado es la decisión de entregarse a esa persona o sólo un cierto agrado o unos ciertos frutos placenteros que de esa persona obtenían. Y es que nunca he entendido que el amor sea algo que pueda perderse como se extravía un llavero. Quienes dicen que se apagó tras los primeros entusiasmos o cuando perdió su novedad, mejor será que se pregunten si alguna vez lo tuvieron. Y quienes me dicen que el hombre va cambiando, que cambia el amado y cambia la amada, que las dos personas que hoy se decepcionan no son las mismas que hace diez años se amaron, yo respondo siempre que un verdadero amor no acepta a la persona querida tal y como ella es, sino también tal y como ella será. Porque un amor verdadero no puede ser otra cosa que una entrega apasionada a buscar la felicidad de la persona a la que se quiere. El amor tiene que ser don y sólo don, sin que se pida nada a cambio. El lógico que el amor produzca amor, pero me temo que no ame del todo quien ama "para" ser amado, quien condiciona el camino de ida por el precio de vuelta. En rigor -como dice Michel Quoist-, "el amor es un camino con dirección única: parte siempre de ti para ir a los demás. Cada vez que queremos algo o alguien para ti, cesas de amar, pues cesas de dar. Caminas contra dirección".

"Contra dirección", de ese tipo de amores truncados dice la moral que son pecaminosos, no del verdadero amor. El Evangelio no se opondrá jamás a un verdadero amor; sí, en cambio, a esa engañifa de quienes dicen que aman cuando en rigor sólo se aman a sí mismos.

Amar es exactamente salirse de sí mismo, "perder pie en sí mismo", "descentrarse" -en el mejor sentido de la palabra- Tienen razón quienes unen amor y locura, porque, efectivamente, el amor verdadero pone a la gente "fuera de sí" para "recentrarla" en otra persona, en otra tarea o en un más alto ideal.

Y subrayo estas tres variantes porque sería ingenuo creer que el único amor que existe es el que surge de un hombre concreto hacia una mujer concreta, y viceversa. ¡Hay tantas otras formas de amor no menos altas! ¿Por qué, sino por amor, trabaja el investigador que con auténtica vocación hace su trabajo? ¿Qué, sino el amor, lleva a los misioneros hasta lejanas tierras? ¿Quién más que el enciende las cocinas, sostiene las artes y "mueve -como decía Dante- el sol y las estrellas".

Confieso que siempre me ha dado un poco de miedo esa vieja fórmula que dice que Dios creó al hombre para su gloria. Y no porque la fórmula no sea verdadera, sino porque no siempre se explica que la gloria de Dios es la felicidad del hombre y alguien puede creerse que Dios creó al mundo y a la Humanidad en un acceso de egoísmo infinito. Por fortuna, Dios es el antiegoísta. La Creación fue su propio desbordamiento. Y nunca ha hecho desde entonces otra cosa. Incluso cuando perdona a cuantos -entre hipócritas y candorosos- camuflan bajo el nombre de "pecados de amor" sus crecidas de egoísmo. Gracias a ello es cierto lo que escribió no sé quién y que aseguraba que "ser creyente es estar seguro de que nos esperan magníficas sorpresas". La de descubrir, por ejemplo, que hemos sido más queridos de lo que nunca nos atrevimos a imaginar.

J.L. Martín Descalzo, nació en 1930 en Madriplejos (Toledo) y murió en 1991 en Madrid. Sacerdote, poeta, periodista, ensayista, reportero, novelista y autor teatral. Recibió el premio Naranco, el premio Ínsula y el premio Nadal. Ha escrito numerosos libros y novelas de éxito. Destacamos: *La frontera de Dios*, *Lobos, perros y corderos*, *Un periodista en el Concilio*, *Un cura que se confiesa*, *Fábulas con Dios al fondo*, y sus cinco libros en los que resume sus artículos en diario ABC.

20) EL ARCÁNGEL CARACOL

“Hay una vieja fábula oriental que cuenta la llegada de un caracol al cielo. El animalito había venido arrastrándose kilómetros y kilómetros desde la tierra, dejando un surco de baba por los caminos y perdiendo también trozos del alma por el esfuerzo. Y al llegar al mismo pórtico del cielo, San Pedro le miró con compasión. Le acarició con la punta del bastón y le preguntó: "¿Qué vienes a buscar tú en el cielo, pequeño caracol?" El animalito, levantando la cabeza con un orgullo que jamás se hubiera imaginado en él, respondió: "Vengo a buscar la inmortalidad." Ahora San Pedro se echó a reír francamente, aunque con ternura. Y preguntó: "¿La inmortalidad? Y, ¿qué harás tú con la inmortalidad?" "No te rías -dijo ahora airado el caracol-. ¿Acaso no soy yo también criatura de Dios, como los arcángeles? ¡Sí, eso soy, el arcángel caracol!" Ahora la risa de San Pedro se volvió más malintencionada e irónica: "¿Un arcángel eres tú? Los arcángeles llevan alas de oro, escudo de plata, espada flamígera, sandalias rojas. ¿Donde están tus alas, tu escudo, tu espada y tus sandalias?" El caracol volvió a levantar con orgullo su cabeza y respondió: "Están dentro de mi caparazón. Duermen. Esperan." "Y ¿qué esperan, si puede saberse?", arguyó San Pedro. "Esperan el gran momento", respondió el molusco. El portero del cielo, pensando que nuestro caracol se había vuelto loco de repente, insistió: "¿Qué gran momento?" "Este", respondió el caracol, y al decirlo dio un gran salto y cruzó el dintel de la puerta del paraíso, del cual ya nunca pudieron echarle.

Esta gloriosa fábula, que recoge Kazantzakis en su magnífica biografía de San Francisco de Asís, me parece una de las mejores historias que conozco sobre la dignidad humana. ¿O acaso no seremos nosotros más que los caracoles?

Pasa el hombre sus horas arrastrándose por los caminos del mundo, ¿y deja algo más que baba? Si medimos las horas de los hombres, hay en ellas mucho más de mediocridad que de heroísmo. Se diría a veces que nuestras manos se construyeron para equivocarse, que de ellas sólo sale dolor para los demás y cansancio para sus propietarios. Débiles como caracoles, cualquiera podría pisotearnos y reventaría nuestra existencia como la débil concha de los gasterópodos. ¡Y cuánto nos domina el miedo! ¡Cuántas veces nos arrinconaríamos dentro de nosotros mismos si contáramos con esa concha protectora en la que refugiarse!

Y, sin embargo, dentro están nuestra armas: las alas de oro de la inteligencia, el escudo de plata de la voluntad, la lanza viva de la palabra, las sandalias rojas del coraje. Están ahí, dentro, dormidas, casi sin usar. ¡Qué pocas veces desenvainan los hombres sus almas! Las tienen, son enormes y magníficas, resistentes al dolor, literalmente invencibles. Pero anestesiadas, atrofiadas de grasa, mojadas como paja que humea y no arde.

Duermen, pero también esperan. En el más amargado de los seres humanos flamea una bandera de esperanza. No sabe por qué espera, pero espera. Incluso cuando todo parece estar perdido, la niña esperanza grita que tal vez mañana cambie todo. No hay más razón que ese hermoso "tal vez"; no hay más base para confiar que esa palabra que a mí me parece la más hermosa de nuestro idioma: todavía. Todavía Dios nos ama, todavía estamos vivos, todavía puede el mundo cambiar, todavía alguien va a querernos, todavía, todavía. Con esa palabra en la mano el hombre es inmortal e invencible. Quienes la practican jamás envejecen. Y es ese todavía el que nos da fuerza para arrastrarnos hasta las puertas del cielo, para llegar hasta ellas con orgullo.

Este orgullo de ser hombres no puede ser pecado, a no ser que se trate de un orgullo tan tonto que empieza por renunciar a su mejor raíz: la de pertenecer a la gran estirpe de los hijos de Alguien. Somos los "arcángeles hijos". Y no es lo importante la baba que se dejó por los caminos, sino el alma, que ningún camino nos podrá arrebatarse si nosotros no nos resignamos a perderla.

Con ella tendremos derecho no a mendigar la eternidad, sino a esperarla, casi exigirla. Si San Pedro nos juzga por el barro acumulado sobre nuestros caparazones, tendrá todas las razones del mundo para acariciarnos con compasiva ironía con la contera de su bastón: "¿Tú, pobre criatura, te atreves a esperar la eternidad? Reventarías, estallarías al entrar en ella, como los aviones al traspasar la barrera del sonido! Tú, con ese pobre fuselaje de una conchita de miseria, has nacido, cuando más, para el limbo."

No estés seguro, San Pedro: el alma del hombre es incombustible. Se construyó -no para el tiempo, sino para la eternidad- dura como el diamante.

Pero falta, eso sí, el gran salto. Sólo se realizan y se salvan los atletas, los que se atreven a vivirse, los que cada mañana y cada tarde saltan desde el sueño a la existencia. De éstos será el reino de los cielos y lo mejor del reino de la tierra: la alegría.

Animo, hermanos caracoles: las alas, el escudo, las sandalias y la lanza están dentro. No se ven, pero esperan, Los caracoles-atletas mostrarán un día los arcángeles invisibles que eran. Sólo falta saltar, hermanos caracoles.

J.L. Martín Descalzo, nació en 1930 en Madribejos (Toledo) y murió en 1991 en Madrid. Sacerdote, poeta, periodista, ensayista, reportero, novelista y autor teatral. Recibió el premio Naranco, el premio Ínsula y el premio Nadal. Ha escrito numerosos libros y novelas de éxito. Destacamos: *La frontera de Dios, Lobos, perros y corderos, Un periodista en el Concilio, Un cura que se confiesa, Fábulas con Dios al fondo*, y sus cinco libros en los que resume sus artículos en diario ABC.

21) CUANDO TERMINA LA VIDA Y COMIENZA EL SOBREVIVIR

“El Gran Jefe de Washington manda decir que desea comprar nuestras tierras. ¿Cómo podéis comprar o vender el cielo, el calor de la tierra? Esta idea nos parece extraña. No somos dueños de la frescura del aire, ni del centelleo del agua. ¿Cómo podríais comprarlos a nosotros? Lo decidiremos oportunamente. Habéis de saber que cada partícula de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada hoja resplandeciente, cada playa arenosa, cada neblina del oscuro bosque, cada claro y cada insecto con su zumbido son sagrados en la memoria y la experiencia de mi pueblo. La savia que circula en los árboles porta las memorias del hombre de piel roja.

Los muertos del hombre blanco no olvidan su tierra natal cuando se van a caminar por entre las estrellas. Nuestros muertos jamás olvidan a esta hermosa tierra y ella es parte de nosotros. Las fragantes flores son nuestras hermanas; el venado, el caballo, el águila majestuosa, son nuestros hermanos. Las crestas rocosas, las savias de las praderas, el calor corporal del potrillo y el hombre, todos pertenecen a la misma familia.

Por eso, cuando el Gran Jefe en Washington manda decir que desea comprar nuestras tierras, es mucho lo que pide. El Gran Jefe manda decir que nos reservará un lugar para que podamos vivir cómodamente entre nosotros. Él será nuestro padre y nosotros seremos sus hijos. Por eso consideraremos su oferta de comprar nuestras tierras. Más ello no será fácil, porque estas tierras son sagradas para nosotros. El agua centelleante que corre por los ríos y esteros no es meramente agua, sino la sangre de nuestros antepasados. Si os vendemos estas tierras, tendréis que recordar que ellas son sagradas y deberéis enseñar a vuestros hijos que lo son y que cada reflejo fantasmal en las aguas claras de los lagos habla de acontecimientos y recuerdos de la vida de mi pueblo. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son nuestros hermanos, ellos calman nuestra sed. Los ríos llevan nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Si os vendemos nuestras tierras, deberéis recordar y enseñar a vuestros hijos que los ríos son nuestros hermanos y hermanos de vosotros; deberéis en adelante dar a los ríos el trato bondadoso que daríais a cualquier hermano.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestra manera de ser. Le da lo mismo un pedazo de tierra que el oro porque él es un extraño que llega en la noche a sacar de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermano sino su enemigo. Cuando la ha conquistado, la abandona y sigue su camino. Deja detrás de él las sepulturas de sus padres sin que le importe. Despoja de la tierra a sus hijos sin que le importe. Olvida la sepultura de su padre y los derechos de sus hijos. Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el cielo, como si fuesen cosas que se pueden comprar, saquear y vender, como si fueran corderos y cuentas de vidrio. Su insaciable apetito devorará la tierra y dejará tras de sí sólo un desierto”

Jefe Seattle, de la tribu suwamish de los territorios del noroeste de Estados Unidos que ahora forma el estado de Washington. Se trata de la carta que, escrita en 1855, el jefe Seattle escribió al presidente Franklin Pierce en respuesta a la oferta de compra de las tierras de los indios suwamish.

22) EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO

“Había sudado un día muy malo. A la hora de la formación se había leído un anuncio sobre los muchos actos que, de entonces en adelante, se considerarían acciones de sabotaje y, por consiguiente, punibles en la horca. Entre estas faltas se incluían nimiedades como cortar pequeñas tiras de nuestras viejas mantas (para utilizarlas como vendajes para nuestros tobillos) y “robos” mínimos. Hacía unos días que un prisionero, al borde de la inanición, había entrado en el almacén de víveres y había robado algunos kilos de patatas. El robo se descubrió y algunos prisioneros reconocieron al “ladrón”. Cuando las autoridades del campo tuviera noticia de lo sucedido, ordenaron que les entregáramos al culpable; si no, todo el campo ayunaría un día. Claro está que los 2.500 hombres prefirieron callar. La tarde de aquel día de ayuno yacíamos exhaustos en los camastros. Nos encontrábamos en las horas más bajas. Apenas se decía palabra, y las que se pronunciaban tenían un tono de irritación. Entonces, y para empeorar aún más las cosas, se apagó la luz. Los estados de ánimo llegaron a su punto más bajo. Pero el jefe de nuestro barracón era un hombre sabio e improvisó una pequeña charla sobre todo lo que bullía en nuestra mente en aquellos momentos. Se refirió a los muchos compañeros que habían muerto en los últimos días por enfermedad o por suicidio, pero también indicó cuál había sido la verdadera razón de esas muertes: la pérdida de la esperanza. Aseguraba que tenía que haber algún medio de prevenir que futuras víctimas llegaran a estado tan extremos. Y al decir esto me señalaba a mí para que les aconsejara.

Dios sabe que no estaba en mi talante dar explicaciones psicológicas, predicar sermones a fin de ofrecer a mis camaradas algún tipo de cuidado médico de sus almas. Tenía frío y sueño, me sentía irritable y cansado, pero hube de sobreponerme y aprovechar la oportunidad. En aquel momento era más necesario que nunca infundirles ánimos.

Seguidamente hablé del futuro inmediato. Y dije que, para el quisiera ser imparcial, éste se presentaba bastante negro, y concordé con que cada uno de nosotros podía adivinar que sus posibilidades de supervivencia eran mínimas: aun cuando ya no había epidemia de tifus, yo estimaba que mis propias oportunidades estaban en razón de uno a veinte. Pero también dije que, a pesar de ellos, no tenían intención de perder la esperanza y tirarlo todo por la borda, pues nada sabía lo que el futuro podía depararle y todavía menos la hora siguiente.

Pero no sólo hablé del futuro y del velo que lo cubría. También les hablé del pasado: de todas sus alegrías y de la luz que irradiaba, brillante aún en la presente oscuridad.

Seguidamente me refería a las muchas oportunidades existentes para darle un sentido a la vida. Hablé a mis camaradas (que yacían inmóviles, si bine de vez en cuando se oía algún suspiro) de que la vida no cesa nunca, bajo ninguna circunstancia, y de que este infinito significado de la vida comprende también el sufrimiento y la agonía, las privaciones y la muerte. Pedí a aquellas pobres criaturas que me escuchara atentamente en la oscuridad del barracón que hicieran cara a lo serio de nuestra situación. No tenían que perder las esperanzas; antes bien, debían conservar el valor en la certeza de que nuestra lucha desesperada no perdería su dignidad ni su sentido. Les aseguro que en las horas difíciles siempre había alguien que nos observaba -un amigo, una esposa, alguien que estuviera vivo o muerto, o un Dios- y que sin duda no querría que le decepcionáramos antes bien, esperaba que sufriéramos con orgullo -y no miserablemente- y que supiéramos morir.

Y, finalmente, les hablé de nuestro sacrificio, que en cada caso tenía su significado. En la naturaleza de este sacrificio estaba el que pareciera insensato para la vida normal, para el mundo donde imperaba el éxito material. Pero nuestro sacrificio sí tenía un sentido. Los que profesaran una fe religiosa, dije con franqueza, no hallarían dificultades para entenderlo. Mis palabras tenían como objetivo dotar a nuestra vida de un significado, allí y entonces, precisamente en aquel barracón y aquella situación, prácticamente desesperada. Pude comprobar que había logrado mi propósito, pues cuando se encendieron de nuevo las luces, las miserables figuras de mis camaradas se acercaron requeantes hacia mí para darme las gracias, con lágrimas en los ojos. Sin embargo, es preciso que confiese aquí que sólo muy raras veces hallé en mi interior fuerzas para establecer este tipo de contacto con mis compañeros de sufrimientos y que, seguramente, perdí muchas oportunidades de hacerlo.

Cualquier intento de restablecer la fortaleza interna de un recluso bajo las condiciones de un campo de concentración para antes que nada por el acierto de mostrarte una meta futura. Las palabras de Nietzsche: “Quien tiene algo por qué vivir, es capaz de soportar cualquier cómo” pudiera ser la motivación que guía todas las acciones psicoterapéuticas y psicosociológicas con respecto a los prisioneros. Siempre que se presentaba la oportunidad, era preciso inculcarles un porqué -una meta- de su vivir, a fin de endurecerles para soportar el terrible cómo de su existencia. Desgraciado de aquel que no viera ningún sentido en su vida, ninguna meta, ninguna intencionalidad y, por tanto, ninguna finalidad en vivirla; ése estaba perdido. La respuesta típica que solía dar este hombre a cualquier razonamiento que tratara de animarle era: “Ya no espero nada de la vida” ¿Qué respuesta podemos dar a estas palabras?

Lo que de verdad necesitamos es un cambio radical en nuestra actitud hacia la vida. Tenemos que aprender por nosotros mismos y, después, enseñar a los desesperados que en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino la vida espera algo de nosotros. Tenemos que dejar de hacernos preguntas sobre el significado de la vida, en vez de ello, pensar en nosotros como en seres a quienes la vida les inquiete continuamente e incesantemente. Nuestra contestación tiene que estar hecha no de palabra ni tampoco de meditación, sino de una conducta y una actuación rectas. En última instancia, vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a los problemas que ello plantea y cumplir las tareas que la vida asigna continuamente a cada individuo”

V. E. Frankl, es catedrático de neurología y psiquiatría. Discípulo de Freud, ha fundado una nueva escuela de psicoterapia cuya idea central es que la primera fuerza motivante del hombre es la lucha por encontrar un sentido a la propia vida. Prisionero en un campo de concentración nazi, su experiencia de cautividad marcó profundamente su interpretación de la psicología humana. En este texto nos describe una de sus vivencias en el campo de concentración y la reflexión que, a partir de ella, hace sobre el sentido de la vida.

23) LIBERTAD Y FIDELIDAD EN CRISTO

“El objetivo de la Iglesia no consiste en legislar la moral, sino en educar a los creyentes en la fe de manera que puedan éstos discernir la ley escrita en sus corazones y comprender aún mejor la ley proclamada por Jesucristo. No es misión de la Iglesia imponer normas morales desde arriba, sino promover la apertura, la participación, de reflexión y de experiencia que puede ayudar a que la persona descubra las leyes morales. Sin embargo, la Iglesia tiene el derecho y la obligación de proponer y explicar las normas que son una herencia suya que ayuda a la persona una y otra vez a descifrar los signos de los tiempos y a responder a ellos creativamente... Porque la Iglesia es ante todo comunión en el Espíritu santo.

La legislación de la Iglesia debería manifestar siempre su atención a los signos de los tiempos y evitar cualquier fosilización. La Iglesia peregrina deberá examinar los signos de los tiempos constantemente a fin de captar nuevas posibilidades y hacer frente a las nuevas dificultades...

La psicología humanista subraya fuertemente y con claridad que la verdadera humanidad del sexo requiere esta visión de integración. El amor es un fenómeno tan primario como el sexo. Normalmente, el sexo es un modo de expresar el amor. Se justifica y santifica el sexo únicamente en cuanto es vehículo del amor. En consecuencia, el amor no puede ser entendido como un efecto secundario del sexo; por el contrario, el sexo debe ser considerado como camino de expresión de la experiencia de aquella unidad que llamamos amor...

El pecado radica en la carencia de amor, en la negativa responsable al amor verdadero y a la búsqueda de él. Con todo, debemos ser plenamente conscientes de que la deficiencia y el desorden muy bien pueden radicar en el desamor de los otros y en la falta de responsabilidad de aquellos que podrían haber construido un entorno mejor y más provechoso. La miseria de nuestro tiempo no está en el crecimiento y exaltación de la sexualidad; radica, por el contrario, en su decadencia, consecuencia de su alejamiento del amor verdadero.

Un acto sexual sin amor, aunque la finalidad pueda ser concebir o engendrar un hijo, no da en el blanco, es pecaminoso. Y las personas deberían saber que un encuentro sexual no expresará amor si éste no es activo en todos los campos de sus vidas.

El *playboy* piensa que los otros, de manera especial las mujeres, son para él. Son los accesorios de su placer, los objetos con los que juega. Pero en la Biblia, el hombre se hace, persona únicamente siendo para los demás. Ser para los demás significa reconocer la historia de los demás; reconocer sus proyectos sus sentimientos y, de manera especial, su conciencia. Solamente entonces se permite que el otro sea verdaderamente él o ella.

Buscar la propia satisfacción erótica enraizada en el egoísmo básico despersonaliza las relaciones sexuales, las hace insignificantes y al mismo tiempo, dañosas para uno mismo para el otro. El amor encierra una responsabilidad, y la responsabilidad exige un conocimiento de la vida. Es preciso conocer cómo afectan a otros las relaciones. Los jóvenes pecan contra el amor si no quieren aprender de la tradición, de las experiencias pasadas, si pretenden el "derecho" a experimentar. La experimentación en el campo de la sexualidad especialmente cuando se experimenta con otros--, dejando a un lado toda la historia tradicional, implica una grave irresponsabilidad."

Bernhard Häring, nació en 1912 en Böttingen (Alemania). Ordenado sacerdote en 1937, obtiene el doctorado en teología en Tubinga. Desde 1949 se ha dedicado ininterrumpidamente al estudio y a la docencia de la teología moral. En 1988 imparte su última lección en la Academia Alfonsiana de Roma. Su intento es redescubrir una moral bíblica en torno a la idea de la imitación de Cristo. Rechaza la moral casuística y el juridicismo; se propone superar el formalismo y el legalismo para dar primacía al amor que es la vida con Cristo y en Cristo. Está considerado como el mejor moralista del presente siglo.

24) UN NIÑO MORIBUNDO EN EL CUBO DE LA BASURA

"Si podemos ver a Jesús bajo la forma de pan, también podemos verle en los cuerpos mutilados de los pobres... Pongamos esto inmediatamente en práctica. Necesitamos a los pobres para tocarle a él. En la Eucaristía encontramos fuerza y alimento, y cuando estamos fortalecidas, se desea utilizar esta fuerza, darle salida. Por eso vemos que las hermanas corren; no caminan nunca. Nos llaman: la congregación que corre.

Todos anhelamos la bienaventuranza eterna con Dios; sin embargo, en nuestra poder está experimentar ya esta bienaventuranza, ser felices con Dios justo en este momento.

Ser feliz ahora con él significa amar como él ama, ayudar como él ayuda, dar como él da, servir como él sirve, salvar como él salva, estar a su lado las veinticuatro horas del día, tocar sus vestiduras lastimosas.

Queridas cohermanas: sed amables y misericordiosas. Que no se acerque nadie a vosotras sin que se vaya mejor y más feliz. Sed un signo vivo de la bondad de Dios: bondad en vuestra cara y en vuestros ojos, bondad en vuestra sonrisa, bondad en vuestro saludo cordial. En los arrabales somos la luz de la bondad de Dios para los pobres. A los niños, a los pobres, a todos los que sufren y está solos, regaladles siempre una sonrisa de felicidad.

En Londres salí un día con algunas hermanas y nos encontramos a un joven en la calle. Yo le dije: No deberías estar aquí, deberías estar con tus padres. Él respondió: Mi madre no me quiere porque tengo el pelo largo. Cada vez que voy a casa, me echa. Seguimos adelante. Al volver, de nuevo le encontramos. Había tomado una sobredosis de droga. Le llevamos al hospital.

Durante un momento pensé que quizás su madre era muy fervorosa para recoger y hacer esto y lo de más allá por los pobres de la India, pero ni tenía tiempo ni amor, ni se preocupaba ni quería a su mismo hijo. Esto es lo que más hiere al Sagrado Corazón de Jesús.

Teresa de Calcuta. Inés Gonxka Bojaxhiu vino al mundo en 1910 en la ciudad yugoslava de Skopje en el seno de una familia acomodada. A los 18 años entró en las *Damas Irlandesas*, dedicadas a la enseñanza y fue trasladada a Dublín primero y luego a Calcuta al St. Mary's High School donde acudía la alta burguesía. En 1946 deja el convento y se va a vivir a las chabolas cambiando su hábito por el sari de las indias pobres, blanco con bordes azules.

25) TEOLOGÍA DESDE LA CELDA

“Cuando pedimos que venga el reino, sólo podemos hacerlo como personas que estamos enteramente en la tierra. Pedir el reino no puede hacerlo el que se sustrae a su miseria y la ajena, el que vive en el alejamiento y la soledad de las horas piadosas por la sola dicha; puede que haya horas de la Iglesia en las cuales es posible hacerlo; nosotros no lo podemos. La hora en la que la Iglesia pide el reino, la fuerza decididamente a entrar en la prosperidad y la depravación en compañía de los hijos de la tierra y del mundo, la conjura a ser fiel a la tierra, a la miseria, al hambre y a la muerte. La hace absolutamente solidaria del mal y de la culpa del hermano. La hora en la que hoy pedimos el reino de Dios es la hora de la profunda permanencia con el mundo, la hora de apretar los dientes y cerrar los puños.

Nuestra oración hoy es no que Dios entre en mi alma, sino que Dios cree entre nosotros su reino.

Si se habla de Jesucristo como Dios, no hay que hacerlo representante de una idea de Dios que posee las propiedades de la omnisciencia y la omnipotencia, sino que hay que hablar de su debilidad, de la cuna y la cruz; y este hombre no es ningún Dios abstracto.

Con estos humillados, la Iglesia sigue su propio camino de humillación. No puede aspirar a la credibilidad visible de su camino si renuncia a ella en todos los estadios. Pero tampoco puede como Iglesia humillada mirarse a sí misma con una cierta complacencia propia, como y su humillación fuera la demostración visible de que Cristo está presente en ella... Él es el enemigo de los orgullosos, tanto si se revisten con el manto de la púrpura como si se ponen la corona de los mártires”

Dietrich Bonhoeffer, (1906-1945), pastor protestante. Fue el animador de la llamada *Iglesia confesante* que se opuso al nazismo en nombre del Evangelio. Su obra como profesor es extensa. Destacamos los siguientes libros: *Creación y caída* (1933), *El precio de ser discípulo* (1937), *Vida en comunidad* (1938) y *Cartas y apuntes desde la cárcel* (póstumo 1951). Detenido por la Gestapo en 1943, fue ahorcado por los nazis poco antes de la liberación.

26) EL PAPA AL QUE NADIE CREÍA CAPAZ DE NADA

“A mi pobre pozo vienen hombres de toda clase. Mi obligación es dar agua a todos.

En el trato con los hombres debemos esforzarnos por acercarnos a los hombres con el espíritu con que Cristo los trató y penetrar en él. Y seguramente que Jesús hubiera sido con ellos el más indulgente de nosotros.

Dondequiera que esté Roma han de encontrar ellos bondad maternal.

Paciencia y tranquilidad son dos hermosas cualidades. Estar siempre ocupado y no dejarse llevar de la prisa es un poco de cielo en la tierra. Fuera de la voluntad de Dios, no hay nada interesante para mí.

¿Representante de Cristo? Yo, pobre hijo de Battista y de Marianna Roncalli -ciertamente dos cristianos buenos, pero muy modestos y humildes-, no merezco este título.

Procedente de la pobreza y de las humildes condiciones de Sotto il Monte, he intentado no olvidarme nunca de ello.

Nacido en la pobreza, pero como de gentes dignas y modestas, me alegro especialmente de morir pobre”

Juan XXIII. Angelo Giuseppe Roncalli (1881-1963) fue y sigue siendo “uno de los hombres más queridos y amados del mundo”. Nacido de una familia de humildes campesinos, vivió su vida de sacerdote en la sencillez y la entrega al servicio de la Iglesia. Estuvo en Bulgaria, Turquía, Grecia y París como nuncio apostólico. En 1953 fue nombrado cardenal y en 1958 elegido papa. Su avanzada edad y su conciliadora personalidad hicieron creer a todos que sería “un papa de transición”. En 1959 convocó el Concilio Ecuménico Vaticano II con el fin de promover la unidad de los cristianos y adaptar la Iglesia al mundo: “hay que abrir las ventanas para que entre el aire fresco”.

27) ¿SON LOS MONJES SUPERCRISTIANOS?

“Debo ser hombre y permanecer tal para que la cruz de Cristo no se vacíe. Jesucristo no ha muerto por los ángeles, sino por los hombres.

Y éste es el secreto de nuestra vocación: no que dejemos de ser hombres para convertirnos en ángeles o en dioses, sino que el amor de mi corazón humano puede convertirse en amor a Dios y a los hombres y que mis lágrimas humanas pueden brotar de mis ojos como lágrimas de Dios...

Cuando hayamos comprendido esto, nuestro amor a los demás hombres será puro y fuerte. Podemos separarnos de nosotros y entregarnos a ellos sin vanidad y sin autocomplacencia y podemos amarlos con un leve aliento de aquella pureza, ternura y soledad del amor divino a nosotros los hombres. Tal es el auténtico fruto y el verdadero sentido de la soledad cristiana.

La solución falsa rezaba así: el mundo entero, del cual la guerra no es más que una expresión típica, es malo. Por eso primeramente hay que burlarse de él, luego escupirle a la cara, y definitivamente, condenarlo bajo todas sus formas. Pero yo he ido al convento para encontrar mi puesto en el mundo, y si no encuentro ese lugar en el mundo, no hago más que perder el tiempo en el monasterio. Las guerras son malas, pero los hombres que se ven arrastrados a ellas son buenos. Y yo no puedo hacer nada ni por mi salvación ni por el honor de Dios si me limito a distanciarme del casi en que se encuentra la humanidad y a exhibirme en un grueso volumen diciendo: ‘¿Veis? ¡Yo soy distinto!’ El que hace eso muere. Pues todo el que procede así, como un ángel o como una estatua, sucumbe a la muerte.

La entrada en el claustro... me ha enseñado a vivir rectamente. Y ahora les debo a todos los hombres que viven fuera en el mundo el compartir un trozo de esta vida con ellos. Mi tarea más importante es comenzar ahora por fin a vivir como miembro de la sociedad humana, que no es más ridícula, pero que tampoco lo es menos que yo mismo.

¿Puedo asegurarnos que he encontrado respuestas a los interrogantes que atormentan a los hombres de nuestro tiempo? Si ahora tengo respuestas, lo ignoro; es cierto que de joven monje estaba bastante seguro de estas respuestas; pero según avanzan los años en la vida monástica y en la soledad, voy tomando conciencia de que estoy comenzando a buscar las preguntas.

¿Qué preguntas? ¿Puede el hombre en su existir encontrar un sentido? ¿Y puede darse por satisfecho con encontrar el sentido de su vida en explicaciones sobre el origen o sobre el fin del mundo, sobre la raíz del mal o la obligación moral?

Hermano mío. puede que en mi soledad me haya convertido en una especie de investigador para ti, en un buscador... ¿No estoy yo llamado a investigar a fondo una parte del desierto del corazón humano en donde no bastan las explicaciones, donde se aprende pronto que sólo cuenta la experiencia? Y en este rincón he aprendido que realmente no se puede saber qué es la esperanza hasta que no se ha reconocido en qué grado se parece a la desesperación”

Thomas Merton (1915-1968). Escritor y místico norteamericano. Estudió en la Universidad de Cambridge y se doctoró en la de Columbia. En 1938 se convirtió al catolicismo y en 1941 ingresó en el monasterio trapense de Gethsemaní (Kentucky). En *La montaña de los siete círculos* (1948) explicó su experiencia personal. Otras obras importantes son: *Semillas de contemplación* (1949), *El signo de Jonás* (1952) y *Los hombres no son islas* (1955).